

NUMERO MUNDI

Escrito por: Carlota Martínez Rodríguez. 2º ESO. SMM.

“El mundo está conformado por las matemáticas: los objetos, la naturaleza, e incluso nosotros mismos en nuestros fundamentos, somos fruto de las matemáticas”. Quien decía estas palabras era Sonia, una extrovertida e idealista profesora de la ESO, cuya vitalidad contagiosa agitaba la imaginación y el interés de muchos de sus alumnos y alumnas. Carlos era uno de ellos y la curiosidad espoleaba sus ganas de aprender.

—Todos nosotros, estamos culturalmente influenciados por las matemáticas, al igual que estamos culturalmente influenciados por la religión, —decía Sonia. Cuando desde nuestra concepción occidental tuvimos que enfrentarnos a cómo expresar el vacío, lo hicimos a través del número cero, una entidad a la que le restamos su misma entidad, la misma nada, un término negativo para el cristianismo, en contraposición con culturas como la de los Olmecas y los Mayas, para los que era símbolo de fertilidad y origen: el centro de todo.

Carlos pensativo levantó la mano.

—Dinos, Carlos, ¿qué te ronda por la cabeza?

—Profesora, cuando ha dicho eso me ha venido a la mente la imagen de una recta con sus números positivos y negativos, —reconoció Carlos.

—¡Y el cero en su centro! ¡Bien visto, Carlos, buen ejemplo! —dijo ella.

—El concepto de propiedad también tiene fundamentos matemáticos, —continuó Sonia, —desde la geometría de las parcelas o inmuebles hasta las medidas de superficie de los mismos no podrían concretarse sin las matemáticas. ¿Cómo sabríamos lo que mide nuestra casa o nuestra parcela sin ellas? ¿Cómo fijar los límites entre lo nuestro y lo de los demás? Nosotros, como seres humanos desde el punto de vista físico, también somos matemáticas. Pensad, por ejemplo, en el cuerpo humano de un adulto, —dijo la profesora—. Este tiene un canon de belleza en el que se debería cumplir la siguiente premisa: que la medida de nuestra cabeza esté presente un número determinado de veces para tener un cuerpo perfecto. Aquí tenéis al hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci. Su cuerpo tiene una medida de ocho cabezas —y señaló la imagen que mostraba la pizarra electrónica. —Como podéis ver, la belleza es un concepto matemático. Pero tranquilos, esta regla ha variado a lo largo de la historia.

Entonces, con ambas manos señaló su cuerpo, muy alto y delgado en relación al tamaño de su cabeza. Todos los alumnos se rieron relajados y con ganas de seguir escuchando la lección.

—El cuerpo humano es un compendio de matemáticas, —continuó Sonia. —Como ejemplo tenemos los doscientos seis huesos que lo forman, un cerebro capaz de almacenar cuatro terabytes de información y unos pulmones con capacidad para cinco litros de oxígeno cada uno.

—Disculpe, profesora, —interrumpió Carlos, —usted siempre dice que las matemáticas unen. ¿A qué se refiere?

—Aparte de lo visto anteriormente en relación a las matemáticas y su intimidad con la cultura, la religión y la propiedad, cuestiones que me tenéis que reconocer, unen bastante a las personas, aunque no pocas veces las separen; las relaciones humanas también son matemáticas, —contestó Sonia con una sonrisa. —¿Y si os dijera que tenéis más probabilidades de que os toque la lotería que de encontrar a vuestra pareja ideal? ¡No me miréis así, son datos estadísticos! Si os sirve de consuelo, con las matemáticas conseguir una cita siempre será más fácil.

—¿Está segura de eso, profesora?, —preguntó Carlos.

—¡Por supuesto! La estética es puramente cuestión de armonía, orden y equilibrio, que son por definición características matemáticas.

—No sé yo, —dijo Carlos. —Me parece que, en cuestión de proporciones, existen más casos de caos que de armonía.

Hubo risas en clase y un marcado asentimiento por parte del sector femenino.

—En todo caso, —prosiguió Sonia, —hablemos de la proporción áurea de la belleza, o de la Teoría de Juegos, en los que uno seduce a la persona que le gusta y otro pierde; o cuando varias personas consiguen su objetivo de conquista en base a una táctica común. Las matemáticas han contribuido a unirlos, aunque sea brevemente.

—Pero, profesora, —dijo Carlos, —¿qué más puede unir a las personas que el lenguaje? El idioma común sería el principal instrumento para conectarnos. ¿Cómo pueden competir las matemáticas con eso?

—¡Tienes toda la razón, Carlos! El idioma nos une a todos, pero las matemáticas también tienen su propio lenguaje. Los ordenadores que tanto usamos hoy en día tienen su lenguaje binario, de unos y ceros y sus algoritmos creados por leyes matemáticas, que es el lenguaje que entiende la máquina. ¿Cuántos de vosotros os comunicáis más a través de las redes sociales que en persona? Hasta en la cafetería del instituto se os puede ver sentados a una mesa sin usar el lenguaje oral, pero sí en cambio el lenguaje matemático, que permite que funcionen las aplicaciones de vuestro móvil. ¿Os habéis preguntado alguna vez qué sería de vuestra vida social sin las Facebook, Twitter,

Instagram, TikTok, o sin ese Metaverso con el que estáis comenzando apenas a experimentar? Todos nosotros estaríamos huérfanos y nos sentiríamos mucho más aislados sin estas aplicaciones de profundas raíces matemáticas. Recordad esto: estamos más cerca gracias a las matemáticas.

En ese momento, sonó el timbre que señalaba el final de la clase y mientras Sonia daba las últimas indicaciones sobre las tareas que debían realizar para el siguiente día y les deseaba un feliz fin de semana entre el ruido del entrechocar de mesas y sillas, el recoger de carpetas, estuches y tablets, alumnos como Carlos sentían que esa clase les había abierto un nuevo horizonte, un horizonte sin límites, un horizonte en el que las matemáticas eran la argamasa que unía la realidad.